

POLÍTICA, POCA, PERO BUENA.

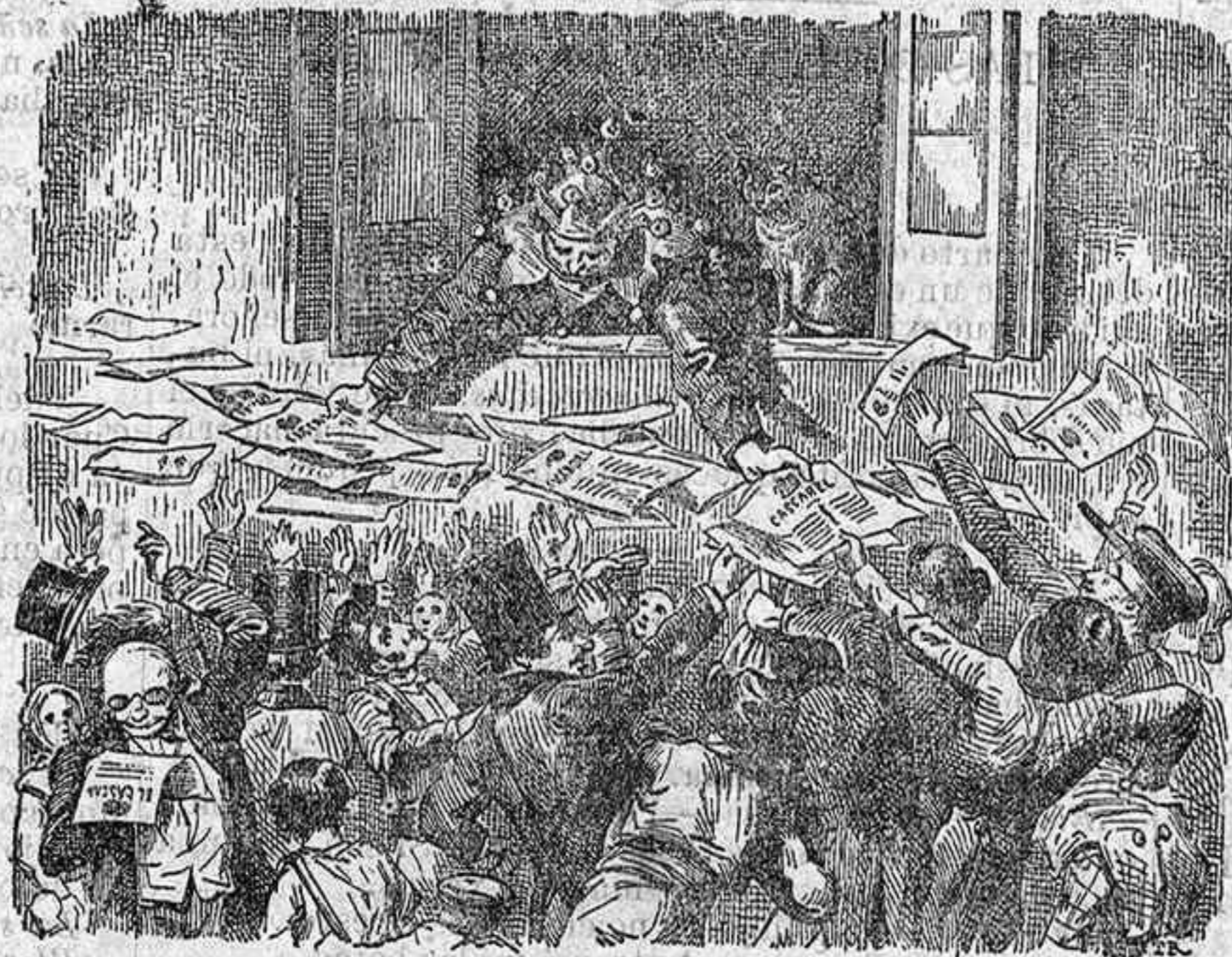
CINCO NUMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Jardines, 11, librería.

DIRECCION.—Calle de los Caños, 4, pral.



FRECUENTES REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que sea nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj.—6 meses, 20 rs.—América, 40.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

REVISTA SEMANAL.

La política, que EL CASCABEL se empeña en llamar politiquilla, sigue siendo el alimento de la época, la comidilla de todo el mundo.

No se oye hablar de otra cosa.

Desde el pobre zapatero remendon que pone herraduras á los aguadores, es decir, que les llena de clavos los zapatos, y que en su vida hará otra cosa, manda Juan ó mande Pedro, hasta el encopetado personaje que, sin saber cómo, ó sabiendo cómo y no por qué, se ve colocado en un puesto eminente, que no merece, por supuesto, todo el mundo se ocupa en la cosa pública, y en indicar los medios seguros de gobernar el país con la mayor facilidad....

Hasta las mujeres hablan de política, señal evidente del estado anormal en que nos hallamos, y del completo desbarajuste y abigarrada confusión en que estamos envueltos.

El CASCABEL habla de política por seguir la corriente, no porque la política le guste.

Al contrario, la política que hoy se usa le cansa, le fatiga, le postra, le desencanta, le ruboriza y le avergüenza....

Francamente, señores, el remedio no se ve.

El ministerio actual,—ahí lo tienen VV.—no sabe lo que hacer ni qué rumbo tomar....

Verdad es que, siendo tantas y tan diversas las aspiraciones de los hombres políticos del día, tantas las ambiciones que hay que satisfacer, tantos los periódicos que hay que contentar, y tantas las exageraciones de los partidos, y tan grandes la soberbia y la vanidad de todos, no es muy fácil que digamos que el Gobierno se abra ca-



mino y no se atortole y aturda sin poder averiguar qué es lo que le conviene, y mucho menos lo que nos conviene á los que no somos políticos, es decir, á los que deseamos buen Gobierno, buena administración y la más severa moralidad en el Gobierno y en los gobernados.

Aquí todo el mundo alborota mucho y nadie tiene razón.

Cuando EL CASCABEL lee los periódicos ministeriales prefiere irse con la oposición; cuando lee los periódicos de oposición, principalmente los de los partidos extremos, tentado está de declararse furiosamente ministerial.

EL CASCABEL sería ministerial si no estuviera en el ministerio el señor Gonzalez Bravo, si el general Narvaez se fuese á Loja á cuidarse y á comerse lo que tenga, en compañía de aquellas personas de su mayor estimación, si el señor Alcalá Galiano se retirase á su hogar á cuidar su quebrantada salud, que de hierro será si no sale mucho más quebrantada con las pesadumbres que al respetable anciano dan las cosas del amigo Castelar, y si todos los demás señores ministros se convencieran de que no han de hacer la felicidad del país. Pero ¿será mejor el ministerio que sustituya á este que todos deseamos desaparezca de la escena?...

Allá lo veredes, dijo EL CASCABEL, que está convencido de que dadas las condiciones de la política moderna, las pretensiones de los hombres políticos, la intransigencia y el egoismo, y el odio y la envidia, y la intemperancia de todos, no es posible Gobierno alguno que nos dé gusto.

En esta situación, lo mejor que hay que hacer es tener paciencia y resignación, y esperar los tiempos como el señor Gonzalez Bravo, vi-

Las muchachas solteras haciendo votos y ofreciendo un Ministerio de cera, para que cuanto antes se dé el golpe de Estado, y ver si de un golpe cambian ellas el suyo por el de casa las.

vir todo lo mejor que se pueda, no meterse en lios, sufrir todos los golpes, aunque sean de Estado, y pedir á Dios nueve, menos que nueve, ocho, y menos que ocho, siete hombres, llámense como quisieran, que formen un Gobierno que, al mismo tiempo que observe la más rígida moralidad y sea tolerante, y económico, y modesto, tenga energía suficiente para acabar con los parásitos de la política y dar á cada cual lo que merezca, ni más ni menos que lo que merezca, teniendo siempre en cuenta que el que más merece es el pueblo contribuyente, industrial y trabajador.

Todo esto es muy bonito ¿no es verdad? Pues esperen VV. sentados este Gobierno. Y mientras, El CASCABEL á la Patti se atiene.

¿No ve el Gobierno cómo la Patti recorre de triunfo en triunfo su camino, y no tiene oposición, y toda la prensa le es favorable?... ¿Qué se atreva uno á dar un silbido cuando esté cantando la Patti! Todo el mundo se indignará, todos los hombres, de cualquier color político que sean, estarán dispuestos á echarle ignominiosamente del templo del arte.

Gobierne bien el Gobierno, gobierne tan bien como la Patti cante, y deje gritar á la oposición....

La Patti dará ya muy pocas funciones; todo el mundo está apesadumbrado con esta noticia.

El día que el Gobierno tenga que ceder el puesto á otro, ¿quién lo sentirá?... El Gobierno mismo.

Ya ven VV. hoy á EL CASCABEL vestido de limpio presentarse ante el respetable público de una manera decente, ya que no digna aun de la consideración que le merece el público que tanto le ha favorecido.

El otro día oímos decir que si EL CASCABEL se subía á mayores y ponía imprenta, y se daba airés de periódico de gran circulación, era porque estaba subvencionado....

En efecto, el mismo que decía esto es uno de los que subvencionan á EL CASCABEL, porque tenía en la mano un número que probablemente le habria costado dos cuartos.

El CASCABEL confiesa, pues, que está subvencionado con dos cuartos de este y de aquel y del otro, con dos cuartos que recibe de todo el mundo, y muy agradecido, lo mismo del moderado que del progresista, lo mismo del demócrata que del realista, lo mismo de la gran señora que de la paranjera ilustrada, lo mismo del general Narvaez que del último y más desventurado recluta.

—Pero, ¿cuándo nos dice V. lo que ha pasado en la última semana? preguntará impaciente el discreto lector.

¿Qué ha de pasar?... Nada, absolutamente nada.

En el Congreso se ha hablado de personas. ¿Qué les importa á VV. eso?

En el Senado anduvieron á vueltas con las cédulas hipotecarias.

Desde que no hay cédulas de la lotería vieja, suprimida por aquel golpe de los cuatro millones que le tocaron no sé á quién, EL CASCABEL no se cuida de otras cédulas que de la suya de vejez.

Del Dante no se ha vuelto á decir palabra, ni se ha hecho en el teatro ningun otro despropósito político-burlesco como la Revista 1864 y 1865 y La dote de Patricia.

El general Rivero ha reemplazado al general Córdova en el ministerio de la Guerra. Esto no le importa á nadie más que al general Rivero.

Las personas de posibles se largan á Sevilla á ver la Semana Santa, que se celebra en aquella capital con un lujo y una riqueza superiores á toda ponderación.

Aquí... tampoco. Aquí no podemos ocuparnos más que en la política. En la Semana Santa se dará tregua á la política, con lo cual ganaremos mucho en tranquilidad. Lo malo es que despues de Pascua volverá á empezar la comedia.

Recomiendo á VV. que en estos días de oración y recogimiento,—¡ya verán VV. qué recogida está la gente *comm'il faut* paseándose por la Carrera de San Gerónimo!—rueguen á Dios ilumine el entendimiento de los ministros, y no deje de su mano al Gobierno ni á los políticos de todas clases y categorías, que tan embrollada han puesto la cosa pública.

Y con esto y un bizcocho hasta el domingo á las ocho, que saldrá EL CASCABEL de su palacio de

la calle de los Caños echando chispas por esas calles.

LAS BOTITAS DE LA SEÑORA.

I.

Un cuarto de vestir, muy elegante.—El señor está delante de un espejo, poniéndose la corbata con todo el cuidado que exige tan importante operación.—La señora, sentada en uno de esos muebles que no son sillas, ni butacas, ni sofás y se llaman *marquesitas*, tiene puesto el pie sobre la rodilla de su doncella, que procura hacerle entrar en una botita que es mucho más pequeña que el pie.

La señora.—No tienes maña para nada, Rosalía. Rosalía (sudando la gota gorda y haciendo grandes y vanos esfuerzos).—¡Ay! ¡señor! si ya tengo las manos deshechas.... Estas botas son muy estrechas.

La señora.—¿Qué sabes tú de eso?... Están hechas precisamente á mi medida.

El señor (acercándose).—Pero mujer, por Dios, ¿cómo quieres meter los pies en esas botas?... ¡Si son para una niña de diez años!... No hay más que verlas.

La señora.—Mira, hijo, tú no entiendes de esto.... Será la primera vez que no me entran á mí las botas....

El señor se arrodilla; coge el tirante delantero de la bota. Rosalía tira del de atrás; la señora se incorpora en la *marquesita*, apoyándose con las manos, poniendo el cuerpo como una etcétera, y la pierna derecha como un palo, y al hacer un gran esfuerzo para que el pie pase... ¡crac! saltan los dos tirantes, el pie de la señora baila en el aire, y el señor cae á un lado y la doncella á otro.

El señor (riendo y levantándose).—Hija mia, lo imposible no puede hacerse.... El contenido no puede ser más grande que el continente.

Rosalía.—Señora, lo que es yo no puedo más; si quiere V. que venga el cochero....

La señora (furiosa).—¡Insolente! ¿cómo se entiende?... Rosalía.—Yo lo digo para que pueda V. ponerse las botas.

La señora.—¡Vete! ya puedes buscar casa.... Yo no necesito criadas inútiles.... ¿Qué no te encuentre en casa cuando yo vuelva!

Rosalía.—Como V. quiera, señora!... No me faltará Dios por eso.—(Sale Rosalía).

II.

El señor, mirando de reojo lo que hace su mujer, se pone los gemelos en los puños de la camisa, se cepilla el pantalón, se pone el chaleco, mientras que se empuña un verdadero duelo á muerte entre la señora y la bota. Al cabo de cinco minutos, la bota está vencida; dos patadas, capaces de hundir el piso, hacen al señor volver la cabeza, y vé á su mujer en pie, con el rostro brillante y orgulloso como el de un soldado que acaba de coger una bandera al enemigo, y dirigiéndole una significativa y altanera mirada, al mismo tiempo que le enseña el pie ya calzado.

La señora.—¿Y ahora?... El señor.—Hija mia, cada loco con su tema; tu pie me recuerda el de mi tío el coronel; es aquel un magnífico pie, obra maestra del ortopédico de la Carrera de San Gerónimo, y tiene sobre el tuyo la ventaja de tener articulaciones....

La señora.—Tú dirás lo que quieras, pero estas botas me están perfectamente, y son muy cómodas.... El señor.—Pero si no puedes mover el pie. La naturaleza nos ha dado articulaciones para que nos sirvamos de ellas, porque nos son precisas.... No tienes más que ver las estatuas, y verás cómo no tienen los pies estrechos, que la civilización y los zapateros hacen ahora.... El dedo pulgar siempre debe estar separado de sus compañeros.... Vé á ver si no la Venus de.... de....

La señora.—De Milo, ¿no es verdad? que no tiene pies ni manos.

El señor.—No, no hablo de esa.... En fin, lo principal es que me parece ridículo en ti y en cualquiera ese empeño en corregir lo que ha formado la naturaleza.... La señora.—¿Sabes que vas tomando conmigo un tono muy de mal gusto?... El señor.—Hija, yo tengo mi opinión.

La señora.—Y yo la mía.

El señor.—Corriente; tengamos cada cual nuestras opiniones y nuestras botas, y no se hable más de este asunto.

El señor continúa acabando de vestirse, y la señora se prepara á ponerse en prensa el otro pie.

III.

Suena un golpecito en la puerta.—La señora no lo oye.

El señor.—¿Quién anda ahí?

Una voz infantil.—¡Cú! ¡cú!

El señor.—¡Ahora voy yo á matar á ese cucú!...

La misma voz.—¡Miau! ¡miau!

El señor.—¡Calla! el cucú se ha convertido en gato.

La voz.—¡Guaul! ¡guaul!

El señor.—¡Hola! ahora es un perro....

El señor abre la puerta y coge en sus brazos una encantadora niña de tres años, vestida de blanco, y la abraza y la besa con frenesí. La niña se rie, como solo se rien los niños; pero de pronto calla, y poniéndose el dedo en la boca, señala con la mirada á su madre.—La señora está en lo más grave de la operación, haciendo esfuerzos supremos para meter en la bota el pie, que se resiste heroicamente.—El señor pone con mucho mimo á la niña en el suelo, y esta corre á ocultarse detrás de la *marquesita* donde está sentada su madre, y de pronto sale de su escondite, y con sus manitas coge el pie de la

señora, que da un grito y un pescozon á la niña. Esta se queda aterrorizada, asoman las lágrimas á sus ojos, y prorrumpe en sollozos.

La señora.—A ver si te estás quieta una vez.—No me llores, niña... ¡Bonito humor tengo yo ahora! ¡Rosalía! ¡Rosalía! ven por esta niña.

El señor coge á la niña en brazos y sale de la habitación procurando consolarla.

La señora (sola).—¿Qué casa! Todos son á desesperarme

Vuelve á coger la bota, y vuelve á comenzar la lucha. Cuando el señor entra en la habitación, la señora está ya dispuesta á salir y á punto de hacer saltar el tercer par de guantes. Ambos bajan la escalera. Un coche espera en la calle. La señora sube y se coloca en el sitio preferente. El señor sube y se coloca á su lado. El coche parte.

IV.

En todo el camino, la señora no habla una palabra.

El señor.—Será preciso que puesto que vamos á dar una contestación á esos señores respecto de la boda de su hijo con tu hermana, empecemos á ocuparnos pronto de buscar una casa y...

La señora.—Aun no sabemos si...

El señor.—Entonces ¿á qué vamos á casa de esos señores que te han pedido para su hijo la mano de tu hermana?

La señora.—Tú eres quien ha querido venir, yo no tenía ningun empeño.

El señor.—Hija mia, me parece que á ti es á quien interesa este asunto; yo al fin no soy más que cuñado de tu hermana; pero tú eres su hermana, su madre, puesto que no tiene más familia.

La señora.—Bueno, bueno, ya sé que tengo más edad que mi hermana.

El coche se detiene.—El señor baja y da la mano á la

señora, que al incorporarse en el coche hace un gesto como si hubiera visto las estrellas sin gana. Cuando sube la escalera de la casa, se le advierte que cojea. El señor tira del cordón de una campanilla; se abre una puerta, y entran la señora y el señor en una habitación. El criado de la casa anuncia, y el matrimonio entra en una sala. A recibirle se adelantan un señor anciano y una señora de cierta edad, demasiado cierta por desgracia. Despues de los apretones de manos y saludos consiguientes, se sientan los señores y las señoras, y hablan de una porción de cosas que no le importan al lector. La señora, la señora de las botas, ha tomado un aspecto sombrío y no hace más que mirar á los pies de la señora mayor. ¿Qué es lo que mira con tanta atención y qué tan mal efecto le hace?... Lo que mira es el pie de la señora mayor, calzado con una elegante y sencilla zapatilla muy holgada.—El pie de la señora mayor es de lo más pequeño, bonito y aristocrático que puede verse.

La señora mayor.—Estamos hablando de todo, menos de lo principal... Al fin somos tan dichosos, que esta señora confía la felicidad de su hermana á nuestro hijo...

¿no es verdad?... Está enamorado, ciego... La señora.—Ciertamente, señora... esa unión... pero estoy en una incertidumbre.... (el anciano y la señora mayor no pestañean).—Confieso á V. que tendria mucho honor en ver á mi hermana enlazada con una familia tan distinguida; pero es preciso que... en fin, aun hay algunos inconvenientes... En primer lugar, la profesion de Enrique...

El señor anciano.—Señora, es comandante de artillería... me parece que eso no lo es cualquiera.—Tiene un gran porvenir en la milicia, y si quisiera tomar su licencia... tiene con que vivir sin necesitar á nadie.

La señora.—Si, si, eso es verdad.—(No aparta la mirada del pie de la señora mayor, que cada vez le parece más pequeño).—Pero no es eso solo lo que me hace dudar...

La señora mayor (un poco recelosa).—Pues ¿qué más es, señora?

La señora.—Parece, segun me han dicho, que su hijo de V... eso no tiene nada de particular....

La señora mayor.—Acabe V.... Yo no entiendo....

La señora.—Pues nos han asegurado que tenia ciertas relaciones con una jóven de cierta clase....

La señora mayor.—Ignoro completamente....

La señora.—La persona (sin dejar de mirar el pie de la señora mayor)—que me ha hablado de eso es un amigo de Enrique, y ya comprende V. que antes de dar una respuesta afirmativa....

La señora mayor (levantándose).—Señora, la política solamente me obliga á aceptar esa disculpa que V. me da, pero espero que no tarde V. en convencerse de que han abusado de su credulidad.

Salúdansen todos ceremoniosamente.

V.

Esta vez el señor se ha puesto muy serio, y no dice una palabra. La señora se mueve mucho en el coche como si estuviera muy inquieta. Llega el coche delante de la casa que ocupa el matrimonio. En el balcón está una linda jóven que parece esperar con mucha ansiedad.

En cuanto ve parar el coche, se retira apresurada del balcón. La señora entra en su cuarto, y su hermana Margarita la abraza con efusion.

Margarita.—¡Hermana mia! ya está arreglado todo, ¿verdad?

La señora.—Quita, quita, que me pisas y me arrugas toda. No, no hay nada arreglado... todo lo contrario.

Margarita (temblando).—Pues ¿qué ha pasado?

La señora.—Ese matrimonio no te conviene. No serás feliz.

Margarita.—Entonces no lo seré jamás.... Pero ¿qué sucede?

La señora.—Hermana, yo tengo más experiencia que tú, y puesto que te sirvo de madre, debo velar por tí. Y no tengo que darte más explicaciones, no.

El señor continúa acabando de vestirse, y la señora se prepara á ponerse en prensa el otro pie.

Suena un golpecito en la puerta.—La señora no lo oye.

El señor.—¿Quién anda ahí?

Una voz infantil.—¡Cú! ¡cú!

El señor.—¡Ahora voy yo á matar á ese cucú!...

La misma voz.—¡Miau! ¡miau!

El señor.—¡Calla! el cucú se ha convertido en gato.

La voz.—¡Guaul! ¡guaul!

El señor.—¡Hola! ahora es un perro....

El señor abre la puerta y coge en sus brazos una encantadora niña de tres años, vestida de blanco, y la abraza y la besa con frenesí. La niña se rie, como solo se rien los niños; pero de pronto calla, y poniéndose el dedo en la boca, señala con la mirada á su madre.—La señora está en lo más grave de la operación, haciendo esfuerzos supremos para meter en la bota el pie, que se resiste heroicamente.—El señor pone con mucho mimo á la niña en el suelo, y esta corre á ocultarse detrás de la *marquesita* donde está sentada su madre, y de pronto sale de su escondite, y con sus manitas coge el pie de la

Margarita.—Pues entonces hazme el favor de permitir que entre en un convento.

En este momento entregan una carta al señor. Margarita sale llorando. La señora tiene así como un ataque de nervios.

El señor.—Ahora me vas a decir el nombre del calumniador de Enrique.

La señora.—No lo recuerdo.

El señor.—Haz por recordar. Enrique me pide en esta carta que le diga quién es ese infame, y hay que decirle.

La señora.—Pues lo dije... ¿sabes quién?... sí, él fué... aquel señor Morales que se fué tísico a Suiza... y que a estas horas habrá muerto ya.

El señor.—Conque fué Morales?

Me alegro; si Morales se hubiera muerto, Enrique hubiera podido creer que la mentira era tuya; pero Morales está mejor, como que ha vuelto, y ayer le he visto en el Casino. Voy a buscarle.

VI.

La señora llama; entra una criada.—Que venga Rosalia, dice la señora.

La criada.—Rosalia se ha marchado; dijo que V. S. la había despedido.

La señora.—Bueno; vete.

La señora se quita las botas con mil trabajos; se pone unas bonitas zapatillas de terciopelo y se muda el vestido. Su rostro va tomando un aspecto ménos sombrío. Sus labios ya no se contraen, y sus ojos brillan en toda su hermosura. Se sienta en la *marquesita* y se complace en mover las articulaciones del pié. Toca en el timbre.

La señora.—Tráeme la niña.

La niña entra, pero no se atreve á acercarse á su madre, y recibe las caricias de esta con cierto recelo. Al cabo de algunos minutos, la señora, despues de haberla abrazado tiernamente, la despide. Se queda sola y llora. Luego llama y dice:

—Que venga mi hermana Margarita. Pobrecilla!

Va á su escritorio de palo santo y escribe un billete. Llama otra vez y dice á la criada:

—Que lleven esa carta donde dice el sobre.

Pero de pronto exclama:

—Pero si mi marido encuentra á Morales, ¿qué va á pasar?... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué es lo que he hecho?

La criada vuelve á decir que la señorita Margarita no viene porque está indispueta, y entrega á la señora una tarjeta.

La señora.—¡Morales! ¿Que entre! ¿Aun será tiempo?

Morales.—Señora, me he tomado la libertad de venir yo mismo á que me felicite V. por mi restablecimiento.

La señora le recibe con mucha amabilidad, y habla mucho con el joven Morales, haciéndole reír extraordinariamente con lo que le dice. En esto anuncian á Enrique.

La señora.—Que entre y que baje Margarita.—Bien venido, Enrique.... No me guarde V. rencor, todo era broma.

Margarita llega con la niña de la mano, y al cabo de cinco minutos todo es risa y alegría.

VII.

El señor aparece en la puerta de la habitación. La niña se le abraza á las piernas, Margarita se le coge del brazo y le acaricia. Enrique y Morales le tienden las manos.

El señor.—Señor Morales, deseaba encontrar á V.

La señora.—Esposo mío, todo está arreglado; habia yo entendido mal; no se trataba de Enrique.

El señor.—¡Ah!

El señor mira los piés de su mujer y los ve libres de las botas y con zapatillas.

El señor.—Ya lo comprendo todo... (bajo á su mujer.) ¡Era la influencia de las botas!

La señora.—¿En qué piensas, malicioso?

El señor.—Pienso que las mujeres son ángeles cuando no son demonios. Hija mía, me harás el favor de poner bien á la vista esas botas que has llevado hoy; en ciertas ocasiones de la vida las miraremos los dos.—EDUARDO SIEBCKER.

LAS TIENDAS.

CAFÉ.

LOS ABONADOS.

—Esta noche somos los primeros, don Matias.

—A don Pedro he visto ahí, en la esquina; me ha dicho que le han llamado para que vaya á ver al general X... que está malo.

—Así reventará; él me obligó á mí á pedir el retiro... Figúrese V. que era subteniente cuando yo era ya capitán, pero luego, en fin... ¡Mozo! ¡eh! chico, ¡Juan! Trae café.

—Buenas noches, don Nicomedes, ¿cómo vamos, don Matias?

—¿Qué hay, don José?... Esta mañana pasé por la oficina de V. y me dijeron que estaba V. con el jefe... ¡Iba á que echáramos un parralo...

—Calle V., hombre, si nos tiene el jefe mareados... Como es nuevo, quiere hacer mucho, y darse aire de activo... Por supuesto, que todo lo está poniendo patas abajo... Como que no entiende una palabra... Ya vé V., era redactor ahí de un periódico, y de la noche á la mañana me lo plantan de jefe de hombres con más años que un palmar, y que pueden darle cien mil vueltas... En fin, ¿qué se ha de hacer?... A mí dos años me faltan para que me quede de cesantía la mitad del sueldo... ¡Mozo! ¡café!

—¿Y qué se ha dicho del ministerio?...

—En la oficina no se ha dicho nada... ¡Ah! esta mañana le dieron un trabucazo á don Gerónimo, aquel señor tan gordo, que viene los domingos aquí con su mujer, que parece una flauta...

—¿Y quién ha sido el del trabucazo?...

—Toma! el ministro.

—¿Qué atrocidad! ¡Conque ya anda el ministro á tiros con los empleados?

—¡Hombre! ¡no! es que le han dejado cesante al pobre don Gerónimo.

—¿Cuestion de economías!

—No, señor, para colocar á otro... Allí ha ido ya; es un muñeco con la raya en medio, y lentos, muy perfilado, y que nunca ha sido empleado... Ha entrado saludando en francés, y en toda la mañana no ha hecho más que pedir papel para cartas y agua con azucarillos... ¡Eh! chico, trae agua... ¡Hombre! ¿qué manera de servir es esta?... Hace un año que venimos todas las noches y siempre hay que pedir agua.

—¿Aquí está ya don Dimas!

—Buenas noches, caballeros.

—V. traerá noticias frescas.

—Déjenme VV. sentar... Cuidado que hace frío esta noche.

—¿Ha estado V. en el Congreso?

—Sí, señor, y por poco tengo una pelotera con el portero... Empeñado en que yo habia alborotado... y todo porque oyendo hablar al general de la accion de Ramales, dije:—«¡V. no estuvo allí!» y es verdad que no estuvo.

—¿V. estuvo segun eso?

—Yo nó, pero me duelen los oidos de oír decir á mi cuñado lo que pasó...

—¿Y qué pasó?...

—Toma! tiros por acá, tiros por allá... Allí cae uno, más allá un caballo se encabrita, tira al ginete... ¡Eh! ¡chicol! tráeme el café... No me pongas leche hoy, que he comido muy fuerte... café puro... y unas gotas de rom... mira, échame leche en el vaso de agua... oye, échame café en este otro vaso de agua... tráeme dos ó tres terrones de azúcar más, y dile al amo que no sea tan miserable con los parroquianos.

—¿Qué goloso se va haciendo don Dimas!

—¡Hombre! es para llevar terrones á mi mujer... Tiene costumbre de ir juntando el azúcar que la llevo... El año pasado reunió una arroba.

—Pero, ¿qué noticias trae V.?... ¿Qué hay de cosas?...

—¡Hombre! lo que es de cosas... ¡cómo amarga hoy el café!... Esta mañana al pasar yo por la Plaza de Heradores, salía de su casa el Presidente del Consejo, hablando con otro y manoteando mucho.

—¡Hola!

—Los dos se metieron en el coche y el ministro le dijo al cochero:—«¡A Santo Domingo!»

—¿Caramba! ¿á la isla de Santo Domingo en coche?...

—Eso creí yo; pero luego pasé por la Cuesta de Santo Domingo, y vi el coche en la puerta de las monjas... El ministro estaba en misa...

—¿Y sabe V. lo que ha pasado con Castelar?

—¡Hombre! esta mañana fué mi mujer diciendo que en la Plaza, —porque mi mujer va á la compra con la criada para que esta no pueda hacer de las suyas...

—¿Y qué dijo?...

—Nada, que en la plaza todo el mundo decia que le iban á quitar la cátedra...

—Eso ya lo decia *El Pueblo* anoche.

—El Gobierno hará muy mal en hacer eso...

—Eso decia mi mujer que decian en la Plaza...

—Pues á mí me parece que no debia haber admitido la cátedra cuando se la dieron, puesto que no gobernaba todavía la democracia.

—Pues yo creo que hizo bien, y que está en su lugar... Ya leyó V. lo de la *toga*...

—V. cree eso porque es un poco bullanguero...

—Porque voy con el siglo, y V. es un neo de primera...

—Lo que yo soy es un hombre formal... Y si yo fuera ministro...

—Buena estaria la cosa! No se podría uno mover... Justamente; todo el mundo andaria muy derecho...

No hubiera yo dado tantas alas á la democracia...

—Calle V., hombre! si el torrente de las ideas y la civilizacion y el progreso... La igualdad es una necesidad...

—Entonces, ya que V. vive en casa propia y no paga un cuarto por el cuarto, ¿por qué no da V. gratis las habitaciones á sus inquilinos?...

—¡Ah! eso es diferente... y en verdad que siento que no haya venido esta noche don Agapito, el escribano, que tengo que ver cómo se compone para embargar á un inquilino que me debe tres meses...

—¿Pues y la fraternidad?...

—Toma! yo soy hermano de mi inquilino, pero él no es buen hermano mio si no me paga...

—¿Pues y la libertad?... El inquilino es libre para pagar ó nó...

—Nó, señor, es libre para todo, ménos para eso.

—Vaya, señores, si van VV. á estar disputando toda la noche, me voy.

—Y yo.

—Y yo.

—Aquí están ya las abonadas...

—Ha averiguado V. ya quiénes son?...

—Hombre! sé que viven... allá en la calle de Zurita.

—La madre habrá sido una real moza...

—Estuvo casada con uno de la Guardia, luego enviudó y se casó con uno de carabineros... La hija mayor es hija del guardia, la mediana del carabinero, y la menor de un comisario de guerra, que es el último marido, por ahora, de la mama.

—¿Canario! Es viuda tres veces.

—Nó, señor, dos; el último esposo vive todavía, pero no está en Madrid.

—Y ese señor que viene á buscarlas luego á las once? —Ese es un amigo del segundo marido á quien este dejó encargado que velase por su familia...

—¿Y qué oficio tiene?...

—Creo que es agente de negocios... y gerente de una sociedad de crédito.

—Hombre! me prestaría á mi diez mil duros para establecer mi empresa de carruajes mortuorios...

—Calle! va V. á establecer coches para difuntos?...

—Es una idea que tengo muchos años hace... El proyecto es dar á los suscritores carro fúnebre, veinte hachas, caja, música, diez coches y vestido completo, y durante un mes comida de la fonda á la familia... porque nadie ha pensado que cuando se muere uno en una casa, la familia nó está en mucho tiempo para cuidarse de nada, y nó tiene arreglo en las comidas, lo que puede influir mucho en la salud de la misma.

—¡Eh! ¡chico! tráeme otro platillo de azúcar... Dile al amo que es para mí.

(En el número próximo se publicará el 2.º capítulo, que se titula LAS ABONADAS.)

CASCABELES.

Un particular, segun dicen los periódicos, se ha presentado al gobernador con objeto de indicarle la conveniencia de que se nombre un asesor que llustre á los tenientes alcaldes que presidan las corridas de toros.

—Ya se salvó el país!...

Luego dirán VV. que nó nos ocupamos en resolver problemas trascendentales y en el perfeccionamiento de nuestras costumbres; por Dios, ese asesor, y dándosele si quiera 20,000 rs. de sueldo.

Al fin se abandona á Santo Domingo.

Al fin se abandona á Santo Domingo.

¿Por qué está á oscuras la plaza de Isabel II?... Nos parece que este sitio de Madrid nó pertenece á la isla de Santo Domingo para que se le abandone de esa manera.

Solucion del geroglífico del número anterior.

Repartiendo turrón á los diputados, lo arreglan los ministros sabios.

Todos los dias estamos leyendo en los periódicos casos de jóvenes que se fugan de la casa paterna, esposas que por arrebatos de celos hieren á sus maridos, esposos que con ménos razon maltratan á sus mujeres, suicidios, muertes, asesinatos, violencias, niños abandonados; y á todo esto los gobiernos hacen politica y más politica, y las costumbres y la moralidad un dia y otro dia de mal en peor. ¿Cuándo tendremos un gobierno que nos gobierne!

En el número próximo continuará el cuadro de costumbres titulado *Los cursis*.

La verdad es una mentira, y lo vamos á probar. La verdad estaba significada en un periódico que se llama *La Verdad*.

Pues bien, otro periódico que merece más crédito al público, *La Correspondencia*, hace dias que nos viene desmintiendo una porcion de noticias que *La Verdad* nos presenta como verdades, y *La Correspondencia* como mentiras, pero mentiras de las garrafas.

Como se dice que para verdades el tiempo, tenemos la esperanza de que el periódico *El Tiempo* y aun *Los Tiempos* se encargaran ahora de servir las verdades al público; si nó aqui tendrán VV. á EL CASCABEL.

Si quieren VV. ver una calle en Madrid que, á pesar de estar en la corte de España, parece un pueblo que dista trescientas leguas, acudan VV. á la de Pelayo.

Allí hay animacion de dia y de noche; se come, se cena, se baila, se juega por grandes y chicos en medio de la calle, y lo que es más, que se ven reuniones, no por docenas, sino por cientos, de hombres, mujeres y niños.

A tí te lo digo, público, entiéndelo tú, policia. ¿Están exentos de la ley de reuniones los vecinos de la calle de Pelayo?

La señorita Patti ha conseguido un nuevo lauro en *El Barbero de Sevilla*.

Mucho nos contenta el ver á una compatriota nuestra causando la admiracion del público y del mundo en la escena, pero quisieramos verla secundada por otro teatro que el señor Baragli, porque la débil voz de este señor se oscurece por completo al lado de la extensa y llena de la célebre *prima donna*.

Se ha dicho estos dias que se estaban formando listas de proscripcion, en las cuales querian ser incluidos con gran empeño muchos hombres de los partidos de oposicion. Esto nó parece una cosa tan tonta como él que los periódicos denunciados vengán alegrándose y dándose mutuas enhorabuenas por la denuncia queriéndose las echar de víctimas ó mártires de su partido.

La *Vida de Julio César* escrita por el emperador, va á ser condenada en Roma y puesta en el *Indice*, segun un periódico romano.

Si esto se hace con una obra de todo un emperador, ¿qué extrañarán VV. que nosotros condenemos obras como el último proyecto de ley de imprenta, nó á un índice, sino al mismo infierno!

Dícese que el señor Córdova salió de su ministerio de la Guerra por motivos de salud.

Nó lo extrañamos; cada dia faltan á las cámaras ó á...

los consejos uno ó dos ministros al menos por la misma causa, y esto se comprende si se observa que la mayor parte de dichos señores van caminando á Villa-vieja.

Y aun insistirán algunos periódicos en que nos van á dar un golpe de Estado!

¡Buenos están para golpes!

Ahí es nada el ruido que meten los progresistas y demócratas con su celebre comida!

Dícese que cada uno de los procesados nombrará dos abogados que le defendan, y además tomará la palabra sobre hechos.

De manera que se pronunciarán 176 discursos de explicación y 88 de hechos. Total, ¡doscientos sesenta y cuatro discursos!

Un padre de familia que supo lo que acabamos de escribir, y que tiene la desgracia de contar 19 hijos y su mujer, estaba comiendo el otro día con la familia, y á uno de los chicos le ocurrió hablar en la mesa un poco de política.

El padre no gastó más tiempo que pegarle al chico un Internazo, diciéndole:

—¡Anda, bruto, mira á ver si viene la justicia y nos hace pagar tres discursos por barba!

Si el tiempo fuera lo que dicen codiciosamente los ingleses, con *Los Tiempos* de cierto periódico tendría el señor Gonzalez Bravo lo que le hace falta. Pero ¡ay! el tiempo es tiempo y *Los Tiempos* no son ni siquiera un periódico, sino simplemente un guirigay metido en una botella.

Logogrifo.

Siete, lector, son las letras que tengo, y soy un plural protegido de un ministro de rumbo y de calidad.

En mí se encuentra una frase que en la música hallarás, y en el idioma del Dante la misma es mi singular; hallas tambien un pariente, y un bárbaro, y un patán; lo que El CASCABEL estrena y ahora mismo viendo estás; lo que ves en los caminos; lo que no puedes llevar si estás muy delicadito; lo que tu mujer tendrá en un traje por delante; el sitio donde tú estás; lo que en las cajas de fósforos por fuerza te has de encontrar; lo que habrás visto en los buques; lo que en Galicia hallarás; un río que está muy lejos; lo que te confortará; un nombre que está en la Biblia, y yo no sé si algo más. Y como aciertes el todo te regalo un ejemplar.

En Rusia se proyecta plantear una ley de imprenta liberal, segun dicen, que yo no lo creo, y en Francia van á hacerse algunas reformas sobre legislación de imprenta.

¿Qué tal?... ¡Vale ó no vale el ejemplo del ministro de la Gobernación?... En todas partes siguen su huella y copian sus ideas.

Propongo que la estatua que se levante en la Plaza del Progreso sea la del señor Gonzalez Bravo.

La imprenta de *Los Tiempos* se ha establecido en la Puerta del Sol nada menos, cerca del ministerio, por si hay que llevar las pruebas al ministro.

¿Qué hay de aquel desfalco que se encontró en el Ayuntamiento de Manacor (Mallorca), de los fondos de estadística, que se llevó alguno que los necesitaba?

El CASCABEL desea saber si se ha cubierto la cantidad ó si el culpable ha sido castigado.

Si la ley de imprenta que ha proyectado el conseqente político progresista, moderado, neo, cuarto y quinto, tuviera efecto retroactivo, iría seguramente á presidio, por más que lo sintiera El CASCABEL, el mismísimo señor *Erasmus Claret*.

Discurso pronunciado por la mayoría de los representantes de la Patria del Gobierno para dar carácter de ley al proyecto de anticipo:

Señores... Si... En el número próximo publicaremos el manifiesto que da al país el señor Elefante, sincerándose de los cargos que se le hacen por los destrozos que hizo la otra noche, y explicando los motivos que tuvo para abandonar su casa, con otras cosas que verá el lector. Por supuesto que de paso explicará sus ideas políticas, contrarias al retraimiento.

Ha sido declarado cesante el auxiliar de la sección de Pósitos en el Ministerio de la Gobernación, don Federico Moure. Este antiguo empleado, que alcanzó su plaza por oposición en certamen público hace 14 años, viene á ser destituido ahora por el señor Gonzalez Bravo sin causa alguna para ello, y á pesar de haber sido respetado por todas las Administraciones anteriores. El interesado, de 16 años de edad cuando tuvo ingreso en dicho ministerio, ha prestado en él sus servicios sin interrupción y solo disfrutaba el sueldo de 8,000 rs. como

recompensa á tan dilatada carrera. Puede estar satisfecho el ministro de haber llevado el dolor más intenso al seno de una honrada familia.

Solucion de la charadita y del logogrifo del número anterior.

En prueba de lo que os amo, señora doña Dolores, adjunto os remito un ramo de primaverales flores.

(A la Señora de siempre, su novio, el sacristan de las monjas.)

La aplaudida zarzuela *Campanone* ha sido representada en el Circo con notable acierto. La señora Uzal nos ha dado una prueba más de que es cantante de mucho mérito, y los señores Santacoloma y el baritono Fernandez, y Fernandez el tenor cómico, han desempeñado con suma gracia sus papeles. Pero quien ha llegado á una gran altura en esta obra es el tenor Sanz, que ha dicho su parte con verdadera maestría, logrando ser aplaudido unánimemente. Esta importante parte de la obra no se ha oido nunca en Madrid como la canta el tenor Sanz.

En esta semana quedará en poder de los suscritores á quienes corresponda la primera serie del Año 1865 en caricatura.

Lo cortés no quita á lo valiente. El periódico *Los Tiempos* ha tenido la amabilidad de visitarnos, distinguiéndose de otros que, sin duda porque EL CASCABEL no sale todos los dias, no cambian con él. Agradecemos á *Los Tiempos* su cortesía.

Charadita.

Repetida la primera suelen servirte el cocido, si con desden y descuido lo trata la cocinera. Segunda y prima quizá la verás esta semana, y es con lo que un hombre va á donde le da la gana. Primera y segunda comes, y es cosa que puedes ser si te comienza á llover, como un carruaje no tomes. La segunda repitiendo hallas quien por ti amoroso está á los cielos pidiendo felicidad y reposo.

Los rumores poco caritativos que han circulado estos dias acerca de la separación del gobernador civil nos parecen una broma de bastante mal género, por no emplear otra calificación más dura.

Lo hemos dicho ya; aqui no hay más que exageraciones y despropósitos.

El CASCABEL, imparcial siempre, no puede ver en calma que así se ataque á una autoridad.

Lo mismo que defiende hoy al señor Gutierrez de la Vega, defenderá mañana á su mayor enemigo si de él se cuenta lo que estos dias han echado á volar cuatro chuscos respecto de aquel señor.

El drama *Aza*, traducido del italiano y representado en el Principe, es una obra de mucho efecto, que ha dado ocasion de lucir sus buenas dotes á la señora Alvarez y al señor Catalina.

Al fin se concederá gratis el teatro del Principe á quien presente mejor compañía.

Ya sabemos quien será el agraciado.

Y los arbitrios que el municipio perderá, se le sacarán por cualquier concepto al vecindario.

¡Viva la justicia! ¡Viva la gracia! ¡Vivan el señor Gonzalez Bravo y sus parientes!

ANECDOTAS.

Nassica era un caballero romano, rico y fátuo, y Ennio un poeta pobre, escritor de grande ingenio, aunque de malas formas.

Diz que un dia fué á visitar el pobre al rico, y preguntó por él á una de sus esclavas.

La esclava tomó el nombre de Ennio, entró, y volvió á salir diciéndole:

—Abest.

—¡Por Apolo! exclamó el vate. Jurara hasta por Júpiter haberlo visto entrar delante de mí.

—Pues no está.

—Si está, ¡viven los dioses!

—Bien, pero me manda decirte que no está.

—Eso es diferente. Vale.

Y Ennio partió.

Pasado algun tiempo, Nassica, que como todos los nobles pasados, presentes y futuros, no se dispensaba la más ligera falta en puntos y comas, se acordó del pobre poeta y fué á pagarle la visita.

—Ennio? dijo al entrar llamando al vate.

—Abest! contestó el mismo Ennio.

—¡Por Pluto! exclamó Nassica. Jurara que es su voz esa.

—Ennio? volvió á decir llamándole.

—No está, repitió el poeta asomándose muy seriamente al vestibulo.

—Dioses inmortales! ¡Nunca vi mentir con más descaro!

—¡Bueno es eso! ¡Crei yo á tu vil esclava y tú no me crees á mí!

H.

Era vez de bailar en la corte de Inglaterra, y bailaba la bella y más que bella amabilísima condesa de Salisbury, dama del señor rey Eduardo III. La bella de la condesa no hubo de atarse bien las ligas, por cuanto á los primeros retozos dejó caer una de ellas en medio de los danzantes.

El señor rey, gran servidor de las damas, tuvo la dicha de observarlo antes que todos, y agachando su augusta majestad, levantó del suelo aquel cintajo, y á fuer de lo que era, se lo devolvió cortesmente á la condesa.

Los cortesanos, que en esto de murmurar no perdonan majestades, murmuraron y rieron solapados, más no tanto que dejara el rey de apereibirse.

—Yo os ofrezco, les dijo entonces el rey, que esa liga ha de ser desde ahora condecoracion tan honorífica, que seréis muy pocos los dignos de obtenerla.

Y en efecto, desde entonces la liga de una cortesana, la *Jarretiere*, es la insignia de más honor entre los nobles de Inglaterra.

III.

Uno de los siete sábios de Grecia, Thalés de Mileto, enseñando filosofia á sus discipulos, les inculcaba el indiferentismo entre la vida y la muerte.

—Para mí, decía, lo mismo es vivir que morir.

Uno de sus discipulos, algo desconfiado de las convicciones del maestro, quiso juiciosamente experimentarlas, antes de poner aquel aforismo, un tanto refractario á sus instintos conservadores, en la categoría de los axiomas infalibles, y esperó oportunidad.

Explicaba otro dia Thalés y volvió á insistir en su consabida fórmula.

—Para mí lo mismo es vivir que morir.

—Y entonces ¿por qué no mueres? interrogó el discipulo con suma curiosidad.

—Porque es lo mismo, contestó el maestro filosóficamente.

—Me has convencido, repuso el discipulo.

IV.

Ubi tu Caius, ego Caia, decía, segun Plutarco, la nueva esposa al esposo entre los romanos, queriendo expresar con tan pueril graciosa fórmula, esa apasionada adhesion ó sumision á que se obliga de buena voluntad la mujer que ama.

Ubi tu Caius, ego Caia pudiera traducirse así: lo que tú quieras yo quiero, tú eres mio y yo soy tuya, lo que el esposo la esposa; ¿eres Cayo? pues yo Caia.

—Deme vuesa merced la version filosofal de esta sentencia latina, dijo con habla historil cierta dama culta á un sopista de la tuna, queriendo ponerlo á prueba.

El escolar tradujo gallardamente:

—*Ubi tu Caius, ego Caia?* Pues... que donde yo caigo tu caigas.

Geroglífico.



ADVERTENCIA.

El sábado próximo quedará establecida la Administracion de EL CASCABEL en la calle de los Caños, número 4, donde se admitirán las suscripciones y se abrirá el despacho para la VENTA PÚBLICA.

Hasta dicho dia, la Administracion continuá en la calle de Jardines, 11.

ANUNCIO.

La Estrella Industrial. Sociedad formada para la construcción de una gran fábrica de papel de todas clases que surta á Madrid y otros puntos en equivalencia á la considerable exportacion extrahjera. Sus utilidades son grandes y seguras por las ventajas con que se establece aquella.

Admite adhesiones desde 3.000 rs. arriba, pagaderos en plazos. Sus oficinas, calle del Amor de Dios, 11, 2.º, donde se dan más detalles.

Casi toda la prensa se ha ocupado de las excelentes circunstancias con que se abona esta *Empresa Industrial*, que asegura la suerte de cuantos se interesen en ella.

Por lo contenido en este número,

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

Imprenta de EL CASCABEL, A CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.